

Hacia una historia de la crítica del valor¹

Anselm Jappe

En 1991 el muro de Berlín cayó y la Unión Soviética estaba a punto de dar su último suspiro. La euforia de la victoria se estaba esparciendo sobre aquellos que estaban convencidos, o al menos por un tiempo, de que el libre mercado y la democracia occidental eran la última palabra de la historia. Para la izquierda radical, e incluso para quienes nunca habían tenido demasiadas ilusiones respecto del “socialismo realmente existente”, la consternación era aguda: ¿Era realmente el capitalismo imposible de superar? ¿Era necesario limitarse, de allí en adelante, a realizar ocasionales reformas modestas?

En este contexto, la aparición de un libro en alemán titulado *Colapso de la modernización. De la caída del socialismo de trincheras a la crisis económica mundial*.² no podía sino parecer bizarra. No obstante, este libro, publicado por una editorial de gran escala, tuvo un impacto sustancial en la por entonces recién “unificada” Alemania. Para ese momento, el autor del libro, Robert Kurz (1943-2012), era conocido únicamente en restringidos círculos marxistas por dirigir una revista más bien íntima que para ese tiempo había cambiado su nombre de *Marxistische Kritik* (“Crítica Marxista”) a *Krisis* (“Crisis”).

¹ Traducido de *Éléments pour une histoire de la critique de la valeur* –versión original e inédita– y de sus traducciones al inglés y al italiano, *Towards a history of the critique of value* y *Verso una storia della critica del valore*, respectivamente, 2014.

² R. Kurz, *Der Kollaps der Modernisierung. Vom Zusammenbruch des Kasernensozialismus zur Krise der Weltökonomie*, Frankfurt am Main, Eichborn, 1991. Hay una reciente edición castellana: R Kurz, *El colapso de la modernización*, tr. Ignacio Rial-Schies, Buenos Aires, Marat, 2016.

Kurz sostenía en su libro que, lejos de significar el triunfo final del capitalismo occidental, la caída de los países del Este Europeo era sólo una fase en el colapso gradual de una economía mundial basada en la mercancía, el valor, el trabajo abstracto y el dinero. Después de dos siglos el modo de producción capitalista había alcanzado sus límites históricos: la racionalización de la producción, que supone el reemplazo del trabajo humano por la tecnología, socava la base de la producción del valor, y por extensión de la plusvalía, que es el único objetivo de la producción de mercancías. Sin embargo, nada más que el “trabajo vivo”, el trabajo requerido en el acto de la ejecución de la mercancía, crea valor y plusvalía. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) no había sido más que una variación de la sociedad del mercado mundial. Fue una forma de “ponerse al día” con la modernización, esto es, la violenta introducción de los mecanismos básicos de producción de valor en un país retrasado que de otro modo no habría tenido la capacidad de convertirse en una “parte” autónoma del mercado mundial. Si la URSS no era “socialista”, esto no era sólo debido a la dictadura de una clase burócrata, como afirmaba la izquierda anti-estalinista. La verdadera razón fue que las categorías centrales del capitalismo (mercancía valor, trabajo, dinero) nunca fueron abolidas. Se decía, por lo general, que estas categorías podrían funcionar de manera óptima siempre que se las “administrase en beneficio de los trabajadores”. Lo que había colapsado entonces no era una “alternativa” al sistema capitalista sino más bien su “eslabón más débil”. Sin embargo, el mecanismo del cual los países socialistas habían sido víctimas estaba a punto de llevar a los “ganadores” a una crisis. El capitalismo occidental estaba destinado desde temprano a ingresar a una etapa de gran tumulto que llevaría al colapso final de la sociedad basada en el fetichismo de la mercancía. ¿De qué mecanismo estamos hablando? Del que hacía imposible la contención del crecimiento de las fuerzas productivas –entre otras, las enormes ganancias de productividad derivadas de la microelectrónica a partir de los años setenta– en la camisa de fuerza de la producción del valor mercantil. El valor, como forma social, no reconoce la utilidad real de la mercancía; sino sólo la cantidad de “trabajo abstracto” que contiene, esto es, la cantidad de gasto puro de energía humana medida en el tiempo.

Este primer libro de Kurz (que en los próximos dos años sería ampliado por tres más, para llegar a la eventual cifra de una docena) ya contenía gran parte de aquello que iba a tipificar la crítica del valor y la posición de Kurz mismo al respecto. Una crítica despiadada a todas las variaciones del capitalismo, por lo general expresada con una genuina indignación, acompañada de una crítica igualmente despiadada a los enfoques tradicionales de la teoría anticapitalista: la lucha de clases y el proletariado como sujeto revolucionario, la defensa del trabajo y los trabajadores y la conceptualización del capitalismo como un modo de producción que consiste esencialmente en la dominación de la “clase capitalista” que posee los medios de producción. Kurz revaluó duramente todos estos conceptos no, por supuesto, en orden a concluir que era imposible escapar al capitalismo, sino más bien en orden a demostrar que eran todavía insuficientes, “críticas inmanentes” que apenas apuntaban a distribuir y administrar mejor las categorías básicas del capitalismo, y no a abolirlas. Su *Colapso de la modernización* ya contiene esta mezcla de “crítica categórica” rigurosa con análisis detallado de la economía y los procesos sociales contemporáneos. Uno puede ver equitativamente el desdén del autor por casi todas las formas marxistas tradicionales y otros enfoques de la izquierda radical, por todo el pensamiento burgués, e incluso por parte del trabajo de Marx mismo. Nada más que la crítica de la economía política, del modo como Marx la había desarrollado, bastaría como el basamento teórico para la demolición de las certezas de la izquierda. Fuera de esto, el trabajo de Kurz generó interés como resultado del brillante, vigoroso y, por lo general, polémico estilo que lo caracterizaba, y por su inclinación a describir drásticamente catástrofes venideras que parecían estar a la vuelta de la esquina (y si este costado “apocalíptico” jugó un rol protagónico en el esbozo de un interés público y mediático por la crítica del valor, también generó ciertos equívocos).

Si, cuando compareció por primera vez a la atención pública, la crítica del valor no pudo ser “encasillada” en las formas usuales del pensamiento crítico (no era ni marxista, ni anarquista, ni consejista, ni situacionista, ni ecologista, ni demócrata radical, ni frankfurtiano, etc.), se debió al hecho de que emergió en los márgenes de los espacios usuales del deba-

te público. El primer número de *Marxistische Kritik* fue publicado en 1987 en Nuremberg, en un formato bastante artesanal (no fue sino hasta 1990, año de los números 8/9, que el diario pasaría a llamarse *Krisis* y a ser publicado por una editorial propiamente dicha). En medio de muchos debates internos emergió un grupo nuclear compuesto por Kurz, Peter Klein, Roswitha Scholz, Ernst Lohoff y Norbert Trenkle.³ Ninguno de ellos era académico, periodista o intelectual de profesión. Kurz mismo no dejó nunca de ganarse la vida trabajando en turnos nocturnos para una empresa que repartía periódicos –la independencia tiene un precio. El grupo *Krisis* prácticamente no tuvo ningún tipo de estructura formal y aún así funcionó a través de círculos sociales concéntricos: por fuera del grupo editorial (concentrado en su mayoría en Nuremberg) había un círculo primario de colaboradores que se reunían varias veces por año, como así también conferencias abiertas al público dos veces por año. El carácter no institucional e informal del grupo permitió los diferentes niveles de participación que todavía hoy caracterizan a las revistas alemanas alineadas a la crítica del valor.

Las rupturas, cismas y partidas que marcaron a *Krisis* desde su concepción fueron el resultado de la rápida radicalización de un fuerte enfoque iconoclasta. Cada número de la revista, particularmente durante su comienzo, degollaba alguna “vacuna sagrada” de la izquierda: la centralidad del proletariado, la noción misma de “sujeto revolucionario”, la lucha de clases y, eventualmente, el trabajo mismo... Al mismo tiempo, una teoría emergente sobre la crisis sostenía que el capitalismo no podía ser minado por la oposición de aquellos que eran explotados, sino más bien por su propia necesidad de creación de valor, que la revolución electrónica ya había superado. Aunque la crítica de Marx hacia la economía política seguía siendo central –en un tiempo en el que incluso la izquierda “enterraba” a Marx diariamente, proclamando que la historia lo había desmentido–, una ruptura definitiva con lo que restaba de marxistas ya se había consumado: mientras que para éstos, el capitalismo tardío todavía tendría una larga vida por delante, a menos que un sujeto revolucionario le pusie-

³ El autor de este artículo se unió a la publicación de *Krisis* en 1994.

ra fin (si no el proletariado clásico, alguno de sus sucesores: potenciales proletarios, las poblaciones del Sur, las mujeres), Kurz y sus camaradas sostuvieron que el capitalismo colapsaría por su propia imposibilidad de seguir produciendo valor –aunque no existiese garantía alguna de que a este colapso le siguiese obligatoriamente algún tipo de emancipación. Ningún grupo social definido acorde a su rol en la producción de valor podría ser considerado “en sí mismo” por fuera de la lógica capitalista, y por tanto, como destinado necesariamente a superarla.

El punto de partida de la crítica del valor conlleva entonces una relectura de la obra de Marx. No pretende restablecer al “verdadero” Marx, pero coloca un particular énfasis en distinguir entre un Marx “exotérico” y otro “esotérico”.⁴ El segundo puede ser encontrado en una porción más bien pequeña de su trabajo de madurez (en su forma más concentrada, en el primer capítulo del primer volumen de *El Capital*): aquí Marx examina las formas básicas del modo de producción capitalista, a saber, la mercancía, el valor, el dinero y el trabajo abstracto. En contraste con los economistas burgueses como Adam Smith y David Ricardo, y en contraste con como habrían de hacer, por lo menos de forma implícita, la mayoría de los marxistas posteriores, Marx no trata estas categorías como presupuestos neutrales, naturales y trans-históricos a toda forma de vida social, cuyo modo de gestión podría ser discutido más no así su efectiva existencia. Por el contrario, Marx las analizó (no sin hesitaciones y contradicciones, sin embargo) como elementos específicos de la sociedad capitalista y al mismo tiempo como categorías negativas y destructivas. El capitalismo se caracteriza en un nivel profundo por el hecho de que la sociedad en su totalidad se encuentra dominada por factores anónimos e impersonales – y esto es lo que Marx llama el “fetichismo de la mercancía”, que no puede bajo ningún término ser reducido a una “mistificación” de la realidad capitalista.

⁴ Para una interpretación kurziana de Marx más allá de sus grandes artículos publicados en *Krisis* y *Exit*, léase su antología comentada: *R. Kurz, Marx Lesen. Die wichtigsten Texte von Karl Marx für das 21. Jahrhundert [Leer a Marx. Los textos más importantes de Karl Marx para el siglo XXI]*. Frankfurt am Main: Eichborn, 2000.

En esta parte de su trabajo, la más innovadora, Marx determinó los mecanismos fundamentales del capitalismo en una época en el que éste todavía se mezclaba con elementos pre-modernos. En la parte mayoritaria de su obra predomina sin embargo el Marx “exotérico”, que describió, de manera insuperable al día de hoy, las formas históricas que la lógica capitalista de base asumió durante su tiempo. Así, durante un largo período histórico, la necesidad de acumulación de valor a través de la “absorción” del trabajo vivo tomó la forma de un proletariado industrializado, explotado de manera extrema, similar a un estado feudal, sin plenitud de derechos (como, por ejemplo, el derecho a huelga o el derecho al voto). No obstante, las formas fenoménicas de las categorías sociales básicas del capitalismo han cambiado considerablemente en el transcurso de dos siglos. Es obvio que Marx, que, a pesar de todo, permaneció dentro de los parámetros de su tiempo, no pudo distinguir siempre entre el núcleo del capitalismo y sus formas históricas y empíricas, como ser la “lucha de clases” entre la burguesía y el proletariado. El marxismo posterior –en casi todas sus variantes, incluyendo aún las más heterodoxas⁵ tendió a desplazar casi de forma automática la crítica marxiana (¡siempre es importante establecer la distinción entre marxista y marxiana!) al aceptar tácitamente la existencia permanente del valor, del dinero, de la mercancía y el trabajo. Se trató por entonces solamente de su *distribución*: así, más que preguntarse por el valor de la mercancía como principio regulador de la producción y la vida social, el movimiento obrero y sus teóricos lucharon simplemente por su “justa” distribución. Al aceptar de este modo el marco de la producción capitalista, creció la preocupación por asegurar, esencialmente, mejores condiciones de vida para la clase trabajadora. A partir, entonces, de las últimas décadas del siglo XIX, el marxismo se convirtió, además de un tanto retórico, en una teoría de la integración efectiva del proletariado en la sociedad del valor. El movimiento obrero mismo tendió por lo general a embestir con la lógica pura del valor contra los estrechos puntos de vista de sus patrones, que todavía se encontraban imbuidos de

⁵ En los términos de Kurz, el “marxismo de los trabajadores”; en los de Postone, el “marxismo tradicional”.

actitudes heredadas de épocas anteriores —pero que no les prohibió entender, por el contrario, que los aumentos de salarios y los derechos sindicales no eran en absoluto incompatibles con las ganancias capitalistas. Las “conquistas” del movimiento obrero constituyeron no tanto “victorias” frente a un capital reluctante, cuanto su forma más eficaz de desarrollo.

Esto es particularmente cierto en las vertientes social-demócratas de los partidos obreros (occidentales). Allí donde las variantes leninistas tomaron el poder, como en Rusia, y más tarde en otros países de la periferia del mercado mundial, siempre asistimos, de un modo u otro, a una “puesta al día con la modernización”: lejos de abolir la mercancía, el trabajo abstracto, el valor o el dinero, se encargaron, al contrario, de *introducirlas* en países agrarios. La violencia totalitaria empleada para llevar a cabo esos programas, que hizo estremecer a las democracias occidentales (violencia cuya oposición estas democracias usarían en adelante para legitimarse a sí mismas) no fue sino una acelerada forma de acumulación primitiva, llevada a cabo en un marco de violencia estatal que ya había fundado las bases para el *take-off*⁶ del capitalismo occidental, de forma más notable entre los siglos XVI y XVIII. La diferencia fue que los países que estaban llegando tarde al mercado mundial tenían la necesidad de repetir este proceso de manera mucho más acelerada y siempre a través de regímenes aislacionistas. De otro modo, los países más “avanzados” podrían haber barrido rápidamente sus industrias nacientes con mercancías más baratas. Otros países “retrasados”, como Alemania, Italia y Japón, también recurrieron a medios estatales y autoritarios para construir la infraestructura y las industrias que la iniciativa privada no podría haber construido en un sistema de competencia como el del mercado mundial. El Estado y el capital privado, lejos de ser antagonistas, siempre fueron dos polos complementarios del desarrollo capitalista, aún cuando sus respectivas influencias hubieran cambiado acorde al período histórico. El capital privado no libra una batalla contra el Estado bajo ningún término, como tampoco busca sistemáticamente limitarlo.

⁶ Despegue [N. de los T.]

En estas sociedades “que se ponían al día con la modernización” el culto al trabajo alcanzó su paroxismo (como en el famoso Stakhanov). Con Marx, el estatuto teórico del trabajo no estaba demasiado claro. Sin embargo, es innegable que el trabajo como “trabajo abstracto”, como puro gasto de energía, constituye una categoría negativa y “fetichista”. Es el trabajo abstracto –o, para decir mejor, su forma acumulada–, y sólo él, el que dota de valor a las mercancías, y que forma así la “substancia” del capital. El capital no es lo contrario al trabajo, sino más bien su forma acumulada; el trabajo vivo y el trabajo muerto no son entidades antagonistas, sino más bien “estados de agregación” diferentes de la misma sustancia de trabajo. En tanto que trabajador, el trabajador no se encuentra excluido de la sociedad capitalista, sino que más bien constituye uno de sus polos. De este modo es posible concluir de los análisis de Marx que “una revolución de trabajadores contra el capitalismo” es una imposibilidad lógica; sólo puede existir una revolución contra la sujeción de la sociedad y sus individuos a la lógica de la valorización y del trabajo abstracto.

Una crítica al trabajo como ésta es el derivado necesario del concepto marxiano de trabajo abstracto, que Marx mismo consideraba como su descubrimiento más importante, aún cuando nunca advirtió la totalidad de sus consecuencias. En el movimiento obrero no hay rastros de este concepto; por el contrario, el trabajo es exaltado y la mayor crítica dirigida a la burguesía es que ésta, simplemente, no trabaja. La revolución estaría limitada entonces a devolver a quienes trabajan la propiedad jurídica de los medios de producción para darle continuidad al trabajo que produce valor, junto con el dinero, etc., aunque “bajo control obrero”.⁷ En algunos países “retrasados” donde existía una rudimentaria mentalidad del trabajo, los “movimientos obreros” emergieron como una fuerza que impuso “el amor al trabajo”. El “socialismo realmente existente” fue una variante de la sociedad de mercado con algunas características específicas derivadas de

⁷ Casi todas las críticas anti-stalinistas se han concentrado en la dominación del aparato productivo por parte de una casta burócrata. Esto es, sin duda, cierto, pero no deja de ser sino la consecuencia inevitable de haber seguido produciendo mercancías, algo que no ha sido casi nunca confrontado.

la ausencia de un mercado. Se hizo posible al principio “ponerse al día” en formas que podrían haber resultado imposibles a través del capitalismo privado. Sin embargo, por su autarquía, no pudo mantenerse al ritmo del posterior desarrollo de las fuerzas de producción, en especial la revolución microelectrónica de los años setenta; de este modo, implosionó, finalmente, a causa de la imposibilidad de sostener la competencia con la productividad de Occidente, revelando, por tanto, que nunca había sido una “alternativa”, ni siquiera una abortiva, sino más bien una “rama muerta” del capitalismo mundial.

Ningún proyecto emancipatorio puede por tanto estar basado en el *trabajo*: en primera instancia, porque el trabajo jamás debería identificarse con la actividad productiva humana, como si fuera un “metabolismo con la naturaleza” (Marx). El trabajo, como forma social, es una “abstracción real” que reduce todos los actores sociales a expresiones cuantitativas –sin contenido– de la misma sustancia social que apunta nada más que a su propia acumulación. En cuanto la producción no apunta a satisfacer necesidades, sino más bien a transformar cien euros en ciento diez, y de ahí en ciento veinte, podríamos decir que el proceso es “tautológico”: no hace otra cosa que repetirse a sí mismo, pero en gran escala, siguiendo un dinamismo ciego que consume energía humana y recursos naturales. La valorización del valor se impone sobre los actores sociales, incluyendo a los capitalistas. Creer en la existencia de una conspiración oculta por parte de los capitalistas es una forma de mentirse a sí mismo. La verdad es mucho más trágica: nadie controla el mecanismo auto-referencial que sacrifica el mundo concreto a una abstracción fetichizada que debe crecer indefinidamente. Por la misma razón, toda crítica moralista del capitalismo es inútil (aún cuando nadie estuviera obligado a simpatizar con los “grandes y pequeños oficiales y sub-oficiales del capital” [Marx]). Los conflictos entre las clases sociales, y del mismo modo los conflictos entre los propietarios de los medios de producción y aquellos que venden su fuerza de trabajo, entre los dueños del capital fijo y los dueños del capital variable, entre los dueños del trabajo en su estado vivo y los dueños del trabajo en su estado muerto, juegan evidentemente un rol importante. Sin embargo, no constituyen la esencia del capitalismo.

Todos estos fenómenos no son sino las formas concretas y visibles, e históricamente variables, del modo en el que se lleva a cabo la acumulación del valor. Las luchas sociales clásicas giran en torno a la distribución de la plusvalía; la existencia del valor es en todo momento presupuesto como un “bien” neutral siempre dispuesto a ser apropiado. La diferencia capital entre riqueza concreta (que puede ser efectivamente apropiada) y valor abstracto no es tomada en consideración. No se puede abolir el valor sin abolir el trabajo que lo crea, de ahí que una “contestación” del capitalismo en nombre del trabajo no tenga sentido. Sería igual de insensato oponer el buen trabajo concreto al mal trabajo abstracto: cuando todas las formas de trabajo dejan de ser reducidas a aquello que tienen en común —el gasto de energía— el trabajo abstracto deja de existir (esta categoría es ella misma una abstracción) y, en su lugar, se muestra una multiplicidad de actividades que poseen metas determinadas, como es el caso de las sociedades precapitalistas, donde el término “trabajo” en el sentido moderno era desconocido.

Esto es aún más cierto el día de hoy. Históricamente, el movimiento obrero encontró cierta justificación en el hecho de que el capitalismo, en su larga fase de expansión, habilitó efectivamente cierta redistribución, con resultados de a momentos notables para las clases trabajadoras. Las críticas “inmanentes”, aún si su horizonte no fuera la superación del capitalismo, se regodeaban de haber obtenido algunas victorias importantes que podrían haberlos llevados a creer que el capitalismo podía ser “domesticado” hacia una “democracia de mercado”. Sin embargo, los progresos tecnológicos, y en especial la aplicación de la microelectrónica en la producción, redujeron de forma continua el rol del trabajo vivo. Ciertas empresas pudieron entonces obtener vastas ganancias aunque el sistema en su totalidad estuviese empezando a perder su substancia. El capitalismo serrucha la rama sobre la cual se posa: la valorización del valor a través del trabajo vivo. Corrió este riesgo desde la revolución industrial y la introducción de la maquinaria en la producción. Durante un largo tiempo, la disminución del valor (y por tanto de una porción de la plusvalía) contenida en cada mercancía fue compensada (y sobrecompensada) por la expansión absoluta de la producción, que llenó el mundo de mercancías,

con todas las consecuencias que ello implica.⁸ Con el fin de la era fordista, el último modelo de acumulación basado en el empleo masivo del trabajo vivo se vio exhausto. Desde ese momento, las tecnologías –que no crean valor– se han convertido en la esencia de la producción en casi todos sus dominios. La cantidad absoluta del valor, y por extensión de la plusvalía, está cayendo precipitadamente. Esto coloca en crisis a toda la sociedad basada en el valor, incluyendo a los trabajadores mismos. Ya no es la explotación el problema central creado por el capitalismo; el problema es más bien las masas crecientes de seres humanos “superfluos” que no necesarios para la producción y por ende incapaces de consumir. Luego de su larga fase de expansión el capitalismo se encontró después de muchas décadas, y a pesar de la globalización, en “retroceso”: las personas, las regiones y las comunidades que tienen la capacidad de formar parte en los ciclos “normales” de producción y consumo se están convirtiendo cada vez más en “islas” en un mar creciente de parias que ya no sirven ni para ser explotados. Es inútil, entonces, reclamar “trabajos” para ellos, en cuanto no son necesarios para la producción y sería igualmente absurdo forzar a la gente a realizar trabajos inútiles como si fuese la condición previa de su propia supervivencia. Sería mejor exigir que todos tengan derecho a una vida digna, independientemente de si tal o cual persona ha podido, o no, vender una fuerza de trabajo que ya nadie necesita.

¿Por qué el sistema capitalista todavía no ha colapsado completamente? Sobre todo, por la “financiarización”, es decir, la fuga hacia el “capital ficticio” (Marx). Después de que la acumulación real estuvo cerca de estancarse –una especie de fecha simbólica sería la decisión de EEUU de abandonar el patrón oro del dólar [*dollar's gold standard*] en 1971– fue el cada vez más masivo recurso al *crédito* lo que ha permitido *simular* la perpetuación de la acumulación (esta atmósfera de simulación –de virtualización, podría decirse– se esparció luego hacia el resto de la sociedad y

⁸ La obra mayor de R. Kurz (*Le Livre noir du capitalisme*) [*Schwarzbuch Kapitalismus. Ein Abgesang auf die Marktwirtschaft*, Eichborn, Frankfurt am Main 1999] retraza a través de mil páginas la historia de la sociedad mercantil desde su comienzo a finales de la Edad Media y a partir de la revolución generada por la aparición de las armas de fuego.

explica la gran difusión durante los años ochenta y noventa de los enfoques así llamados “posmodernos” en todas las áreas). En el sistema de créditos, las ganancias que se esperan –y que nunca se realizan– ya fueron consumidas para mantener a flote la economía. Como bien se sabe, el crédito y otras formas de dinero ficticio (como los valores bursátiles y los precios de bienes raíces), han alcanzado proporciones astronómicas y han alimentado una especulación gigantesca que puede tener terribles consecuencias en la economía “real”, como en 2008. Sin embargo, lejos de ser la *causa* de las crisis capitalistas y del crecimiento de la pobreza, la especulación ha ayudado durante décadas a *diferir* las mayores crisis. La causa radica en el hecho de que, aunque la cantidad de bienes y servicios crece, en conjunto representan una cantidad cada vez menor de valor. Esto también significa que gran parte del dinero que circula en el mundo es “ficticio”, ya que no representa en realidad el trabajo invertido de una manera “productiva”. Todas las “medidas de estímulo” tomadas por los gobiernos después de la crisis de 2008 son nada más que acrobacia contable, en la que se le añade un cero a cifras que son ya completamente fantasiosas. No podrá haber nunca una nueva prosperidad capitalista porque las tecnologías que reemplazan al trabajo no pueden ser eliminadas de la producción capitalista. Sería igualmente inútil esperar que China u otro de los “países emergentes” salvara al capitalismo. Sus supuestos éxitos económicos se basan, en parte, en el aumento del costo de las materias primas y, en parte, en la exportación unilateral hacia países ricos que sólo durará el tiempo que estos mismos países todavía se las arreglen para posponer el verdadero estallido de la crisis en su seno.⁹ No se profetiza, por lo tanto, un colapso futuro del capitalismo, sino que se constata la crisis que *ya está teniendo lugar* más allá de las breves reactivaciones cíclicas, y que está lejos de ser sólo económica: implica todo tipo de convulsiones sociales,

⁹ R. Kurz, *Das Weltkapital. Globalisierung und innere Schranken des modernen warenproduzierenden Systems* [Capital global. Globalización y límites internos del sistema moderno de producción de mercancías]. Berlin: Klaus Bittermann, 2005 y N. Trenkle & E. Lohoff, *Die große Entwertung. Warum Spekulation und Staatsverschuldung nicht die Ursachen der Krise sind* [La gran devaluación. Por qué la especulación y el endeudamiento público no son la causa de la crisis]. Münster: Unrast, 2012.

desde nuevas formas de guerra¹⁰ hasta la devastación de las psicologías individuales (Kurz describe los tiroteos en las escuelas como una manifestación particularmente llamativa de la “pulsión de muerte” en el centro del capitalismo).

La crítica del valor es, por lo tanto, una crítica radical del conjunto del capitalismo y no solamente de su fase neoliberal (aún cuando los teóricos de la crítica del valor estuvieron entre sus críticos más virulentos en los años noventa, mientras la izquierda parecía paralizada o fascinada). No es posible el retorno al pleno empleo y a las recetas keynesianas, al rol central del Estado y al *welfare* de antaño: su abandono no se debió a una conspiración dirigida por los economistas neoliberales y los capitalistas más avaros, sino a que la dinámica capitalista entera estaba perdiendo el aliento. Además, tal retorno no sería en absoluto deseable: el capitalismo debe ser superado mediante la abolición de sus fundamentos y no mediante la restitución de formas aparentemente un poco más tolerables de esclavitud y alienación.

La pregunta por la emancipación social descansa, entonces, en nuevos fundamentos. En retrospectiva, prácticamente todos los movimientos obreros del pasado, revolucionarios o reformistas, con sus teóricos *más o menos marxistas*, han mostrado ser una parte inmanente del mismo capitalismo contra el que proclamaban estar (esto no quita nada a todo lo justo y necesario que sus miembros hayan logrado conseguir). El trabajo era la base común al capital y al sistema salarial. Ahora las antiguas maneras de entender la emancipación entraron en crisis junto con el capital, demostrando que la suya fue siempre una “rivalidad entre hermanos”.

De hecho, la crítica del valor es ella misma parte del proceso histórico. Su emergencia al final de los años ochenta no se debió a la llegada de

¹⁰ A diferencia del imperialismo clásico (que ya no tendría sentido dada la cantidad de regiones del planeta de bajo o nulo interés económico), se trata ahora de guerras con las que los países fuertes quieren evitar ser alcanzados por las consecuencias de la crisis global, como la migración incontrolable. R. Kurz, *Weltordnungskrieg. Das Ende der Souveränität und die Wandlungen des Imperialismus im Zeitalter der Globalisierung* [La guerra por el orden mundial. El fin de la soberanía y las mutaciones del imperialismo en la era de la globalización]. Bad Honnef: Horlemann, 2003.

teóricos que finalmente hubieran “entendido” todo lo que hasta ese momento los marxistas tradicionales no habían podido entender. Refleja, en cambio, el fin de la expansión capitalista y, por lo tanto, el fin de la posibilidad de redistribuir su riqueza (que es, por otro lado, a menudo tóxica) sin cuestionar la naturaleza del sistema mismo. La crítica radical marxiana del valor y del trabajo abstracto, que, como la bella durmiente, había permanecido adormecida por más de un siglo, aparentemente de poca “utilidad” de cara a las luchas reales, se revela ahora como la mejor explicación de la decadencia de la sociedad de la mercancía. La crítica del valor, por lo tanto, no era un caso de simple “progreso teórico”, que podría haber tenido lugar en otro contexto histórico. Antes bien, representa el primer reconocimiento de una profunda ruptura histórica.

Sus primeras formulaciones estuvieron igualmente marcadas por el acto de ruptura. Hostil hacia el eclecticismo y hacia el típicamente sofocante intercambio académico, negada (a diferencia de casi todas las variantes del marxismo) a suscribir a una tradición ya existente y a definirse a sí misma en relación con otros pensadores marxistas, la crítica del valor tuvo la firme intención de empezar casi desde cero, con la crítica de la economía política de Marx como su única arma. Su relación con otras formas de crítica social ha estado, por lo tanto, generalmente signada por la polémica recíproca y se ha encontrado ya con hostilidad, ya con intentos de ser ignorada.

Si bien la crítica del valor no se considera a sí misma como la simple continuación de una tradición teórica previa, ni siquiera de las más heréticas, algunas raíces históricas son detectables. Las principales influencias son *Historia y Conciencia de Clase* de György Lukács y la Escuela de Frankfurt, particularmente Theodor Adorno (e, igualmente, Alfred Sohn-Rethel, del que tomaron conceptos como “abstracción real” y la idea de valor como “síntesis social”).¹¹ En cuanto a la teoría de la crisis, Kurz reconoce a Rosa Luxemburg y a Henryk Grossman por haber al menos postulado el problema, aunque de manera insuficiente. Los *Ensayos sobre*

¹¹ A. Jappe, “Sohn-Rethel and the Origin of ‘Real Abstraction’: A Critique of Production or a Critique of Circulation?” [Sohn-Rethel y el Origen de la ‘Abstracción Real’: ¿una Crítica de la Producción o una Crítica de la Circulación?], *Historical Materialism* 21 (1): 3-1, 2013.

la *Teoría Marxista del Valor* de Isaak Rubin (1924/1928), redescubiertos en los años setenta, proveyeron un número importante de ideas a los fines de comprender el valor. No obstante, estos mismos autores no fueron nunca fetichizados por la crítica del valor y fueron, en un momento o en otro, sujetos a severas críticas. En general, la crítica del valor no pretende ser una discusión sobre las teorías de otros, sino un análisis del pasado y el presente del capitalismo, que puede hacerse, a veces, examinando otras teorías sobre el mismo asunto.

Aunque no reivindicque tal título, hay una aproximación que podría llamarse la “otra rama” de la crítica del valor, aquella de Moishe Postone, profesor de historia de la Universidad de Chicago. Postone estudió en Frankfurt en los primeros años setenta, en un ambiente que todavía estaba fuertemente signado por la influencia de Adorno.¹² Sus principales trabajos se publicaron a principios de la década de 1990 casi al mismo tiempo que la teoría desarrollada por los autores de *Krisis* alcanzaba su primera madurez y se abría camino. Si bien excede el alcance de este artículo, la teoría de Postone merece una introducción tan detallada como la de Robert Kurz y los otros autores de la crítica del valor en lengua alemana. Proponiendo esencialmente una relectura de la obra de Marx –relectura que constituye una constante provocación al “marxismo tradicional”– Postone se focaliza en el concepto de “trabajo abstracto” además de examinar sus fundamentos históricos, como el “tiempo abstracto”. Sin conocerse mutuamente, Postone y los autores de *Krisis* desarrollaron sus ideas al mismo tiempo y partieron basándose en los mismos supuestos. Las semejanzas entre ellos en algunos puntos son sorprendentes. Sin embargo, la principal diferencia es que Postone no tiene teoría explícita alguna sobre la *crisis*. No ve un límite histórico a la acumulación resultado de la “desustancialización” del valor. Desafortunadamente, nunca hubo realmente un diálogo entre Postone y Kurz, lo que puede quizás explicarse por los muy distintos alcances y estilos de sus respectivas propuestas.¹³

¹² M. Postone, *Time, Labour, and Social Domination: A Reinterpretation of Marx's Critical Theory*. [Tiempo, trabajo y dominación social: una reinterpretación de la teoría crítica de Marx] Cambridge: Cambridge University Press, 1993.

¹³ A. Jappe, “Avec Marx, contre le Travail” [Con Marx, contra el Trabajo], 2009. Visitado el 8 de marzo de 2014. <http://palim-psao.over-blog.fr/article-avec-marx-contre-le-travail-38186520.html>

No hay actualmente otros acercamientos críticos cercanos a la crítica del valor. En los círculos de habla francesa existe alguna convergencia entre Guy Debord y bordigistas como Jacques Camatte y autores inspirados por ellos. Las diferencias, sin embargo, prevalecen y no ha tenido ninguna influencia real. Jean-Marie Vincent, uno de los primeros académicos interesados en la Escuela de Frankfurt, desarrolló algunas ideas que fueron ocasionalmente paralelas a la crítica del valor.¹⁴ A pesar de afirmar que adhiere a la crítica del valor, como tantos otros autores que emergieron en años recientes con frecuencia hacen, Vincent no está interesado en renunciar a la “lucha de clases” ni a la búsqueda del sujeto que finalmente derrotará al capitalismo. La posibilidad de una crisis objetiva, además, es vagamente aludida. Desde otra dirección, André Gorz hizo un movimiento explícito hacia la crítica del valor en sus últimos escritos, luego de ya haber formulado alrededor de 1980 una crítica del trabajo y el valor. Él mismo admitió después, habiendo leído material sobre la crítica del valor, que su pensamiento sobre el asunto no partía de cero.¹⁵

Durante 25 años la crítica del valor, al menos en su forma alemana, ha sido una teoría en continua evolución. Mientras una buena parte de sus avances teóricos fueron hechos antes de 1993, algunos desarrollos importantes se han añadido desde entonces. De hecho, los teóricos asociados a la revista *Exit!* actualmente prefieren hablar de la “crítica de la escisión del valor” (*Wert-Abspaltungskritik*).¹⁶ La teoría de la escisión (*Abspal-*

¹⁴ J.M. Vincent, *Abstract Labour. A Critique*. [*Trabajo abstracto: una crítica*] London, Macmillan, 1987/1991.

¹⁵ A. Jappe, “André Gorz et la Critique de la Valeur” [“André Gorz y la Crítica del Valor”]. En *Penser le Sortie du Capitalisme. Le Scénario Gorz*. [*Pensar la Salida del Capitalismo. El Escenario Gorz.*], editado por Alain Caillé y Christophe Fourel, 161-169. Lormont, Le Bord de l’Eau, 2013.

¹⁶ En el 2004, después de una larga serie de conflictos internos, Kurz y Scholz fueron expulsados de *Krisis* y poco después fundaron *Exit!*. Las razones de la separación tienen menos que ver con aspectos teóricos que con la cuestión del estatuto de la teoría, tal como el desarrollo posterior habría de demostrar. Mientras *Exit!* radicalizaba la crítica de la Ilustración (en un sentido amplio, incluido todo pensamiento contemporáneo que se le asocie) y la crítica de la escisión del valor y rehusaba cualquier intento de extraer apuradamente conclusiones prácticas inmediatas, *Krisis* (que continuó publicándose con el mismo nom-

tung) fue presentada en 1992 por Roswitha Scholz y se ocupa de la “disociación” o “división” que se encuentra en el fundamento de la existencia misma del valor como forma social fetichista.¹⁷ El trabajo abstracto, creador de valor, sólo puede existir cuando la otra parte de la reproducción social se hace en una forma no-mercancía y no como “trabajo”. Se refiere, particularmente, a aquellas actividades domésticas normalmente llevadas a cabo por las mujeres. Ambas esferas, “pública” y “privada”, son igualmente necesarias para la sociedad capitalista, pero la esfera doméstica, privada, aparece como inferior y exterior a la sociedad. Del hecho de que estas actividades no produzcan valor directamente no se sigue que esta esfera sea “libre” o “no-reificada”: éstas desempeñan un rol auxiliar al trabajo abstracto y llevan su marca. Concretamente, el “trabajador” masculino no podría crear valor sin una mujer que lo cuide, que críe sus hijos, etc. El valor es, por lo tanto, estructuralmente “masculino”, aunque las mujeres puedan llegar a producir valor e, incluso, gestionar su producción. Según la crítica de la escisión del valor, la sociedad del valor se basa, histórica y lógicamente, en una lógica de la exclusión: una persona es considerada “sujeto” pleno una vez que ha interiorizado completamente la mentalidad del trabajo y sus corolarios (autodisciplina, racionalidad, insensibilidad hacia uno mismo y hacia otros, competitividad, etc.) y ha expulsado de sí todo lo demás (esto es la “escisión”). La exclusión de las mujeres, de los no-blancos y de otros sujetos “minoritarios” no ha sido, entonces, verdaderamente una antitético al principio del valor, que da un falso sentido de universalidad, extendiendo la promesa de dar a cualquiera, eventualmente, el status de “sujeto” capitalista. Tales exclusiones sociales son constitutivas desde un principio, incluso cuando su forma empírica pueda haber variado mucho desde la Ilustración.

bre y en la que se mantuvieron miembros fundadores como Lohoff, Trenkle, Schandl y Klein) comenzó a ocuparse de la búsqueda de puntos de contacto entre la crítica del valor y los movimientos sociales, como los de “*software* libre” y los de economías alternativas. La relación entre ambas publicaciones continúa estando marcada por la diatriba.

¹⁷ R. Scholz, *Das Geschlecht des Kapitalismus. Feministische Theorien und die postmoderne Metamorphose des Patriarchats* [El género del capitalismo. Teorías feministas y la transformación posmoderna del patriarcado]. Bad Honnef, Horlemann, 2000.

De hecho, la crítica del valor radicaliza la “dialéctica de la Ilustración”, viéndola nada más que como el periodo histórico en el que las categorías capitalistas enraizaron definitivamente en las mentes de las personas. Mientras que la izquierda en su conjunto –y con frecuencia Marx mismo– quería *realizar* –o “completar”– los contenidos de la Ilustración que la burguesía había “traicionado”, la crítica de la escisión del valor ve en esos mismos contenidos el nacimiento del sujeto moderno que sólo existe por y para la competencia capitalista. Los filósofos de la Ilustración –Kant más que cualquier otro– formularon, aunque presentándolas como condiciones de la libertad, las premisas del sexismo, el racismo y el antisemitismo que caracterizan a la modernidad. La “razón”, que el iluminismo quería que triunfase y la izquierda siempre ha reivindicado, no es más que “razón sangrienta”,¹⁸ una ideología de la sumisión de la vida entera a los imperativos de la valorización que ha conducido a la destrucción del planeta. El irracionalismo (el romanticismo, el vitalismo, el existencialismo) representa sólo la otra cara de la razón capitalista y no una alternativa: ha contribuido de igual manera a las catástrofes que marcaron toda la historia del capitalismo.

Mediante esta clase de análisis, la crítica de la escisión del valor afirma haber superado su enfoque “objetivista” inicial. Las ideologías no son un simple “reflejo” de la “realidad económica”: el valor constituye una estructura fetichista que tiene un lado “objetivado” y un lado “subjetivo”. La dificultad de vivir en una sociedad dominada por el valor implica necesariamente el nacimiento de todo tipo de ideologías que expliquen el sufrimiento causado por una sociedad tal, y que permita a los sujetos del trabajo proyectar en otros las cualidades que están forzados a expulsar de sí mismos (por ejemplo, la “pereza”, las “emociones”). La crítica del valor –en su versión alemana tanto como en su versión Postoniana– ha dedicado mucha atención al antisemitismo: más que un resurgimiento premoderno, sería un intento de darle un rostro pseudo–“concreto” a la terrible, intocable abstracción que es el valor.

¹⁸ Cfr. R. Kurz, *Blutige Vernunft. Essays zur emanzipatorischen Kritik der kapitalistischen Moderne und ihrer westlichen Werte* [Razón sangrienta. Ensayos para la crítica emancipatoria de la modernidad capitalista y sus valores occidentales]. Bad Honnef, Horlemann, 2004.

Por lo demás, está claro que esta concepción de la sociedad capitalista como esencialmente fetichista está muy lejos del “materialismo histórico”, con su distinción entre “base” y “superestructura”: las prácticas sociales fetichistas e inconscientes crean tanto al sujeto como al objeto. Las acusaciones de “economicismo”, que con frecuencia son pertinentes respecto del marxismo tradicional, no se aplican a la crítica del valor. Incluso el valor mismo no es una estructura “total”: es “totalitaria”, en el sentido de que aspira a convertir todo en mercancía, aunque jamás podría lograrlo porque una sociedad tal sería completamente invivible (ya no habría, por ejemplo, amistad, amor, crianza de los hijos, etc). Su necesidad de expandirse empuja al valor hacia la destrucción del mundo concreto en su totalidad y en todos sus niveles, económico, ambiental, social y cultural. La crítica del valor no sólo anuncia una crisis económica de dimensiones inéditas, sino además el fin de toda una “civilización” (si puede llamársele así). No obstante, la vida humana no se ha basado siempre en el valor, el dinero y el trabajo, aun cuando alguna forma de fetichismo parece haber existido en todas partes: es necesario remarcar que éstas no son categorías “ontológicas” ni transhistóricas. A diferencia de la mayoría de las formas de marxismo, la crítica del valor no es una teoría de toda la historia, sino sólo del capitalismo. Kurz afirma en su último libro que no es posible hablar de comercio, dinero o mercancías en las sociedades precapitalistas, puesto que aquello que podría parecer similar, tenía en realidad funciones profundamente distintas.¹⁹

Evidentemente, persiste aún la pregunta por *cómo salir del capitalismo*. A menudo se le ha reprochado a la crítica del valor su negativa a ceder a los reclamos de indicar sin demoras acciones prácticas concretas. En efecto, desde el comienzo ésta ha defendido la necesaria autonomía de la teoría, que debe poder pensar aún aquello que no sea inmediatamente realizable. El empobrecimiento de la reflexión social a lo largo del siglo XX fue también el resultado de su subordinación a las exigencias y preten-

¹⁹ R. Kurz, *Geld ohne Wert. Grundrisse zu einer Transformation der Kritik der Politischen Ökonomie [Dinero sin valor. Bosquejos para una transformación de la crítica de la economía política]*, Berlin, Horlemann, 2012.

siones de inmediatez práctica (partidos, sindicatos, movimientos sociales). La crítica del valor siempre ha reconocido a la “falsa inmediatez” y al “pseudo-activismo”, así como a la inmediata oposición de la propia subjetividad a una objetividad concebida como la eterna repetición de lo mismo, como formas de crítica puramente “inmanentes”. Al mismo tiempo, la crítica del valor siempre ha rechazado la etiqueta de “torre de marfil”. Está muy lejos de toda forma de contemplación desinteresada al estilo universitario: desde sus comienzos ha puesto de relieve los aspectos dramáticos de la crisis a la que nos ha conducido la sociedad de mercado y los sufrimientos que ésta causa. Es menos una cuestión de “vencer” el capitalismo que de evitar que su colapso —ya plenamente en curso— nos conduzca sólo a la barbarie y a las ruinas. Los movimientos sociales únicamente “contra los bancos” son sin duda una falsa respuesta, puesto que toman el síntoma por la causa y reviven los viejos estereotipos de los trabajadores “honestos” que son explotados por los “parásitos”, a riesgo de degenerar en populismo o antisemitismo. En general, todo recurso a la “política” (y, *a fortiori*, al Estado), es imposible porque el fin de la acumulación, y por lo tanto, del dinero “real”, priva al poder público de cualquier medio de intervención. Para encontrar una alternativa al capitalismo es necesario, primero, cuestionar la naturaleza de la mercancía y del dinero, del trabajo y del valor, categorías que parecen “teóricas”, pero cuyas consecuencias determinan, en última instancia, cada uno de nuestros actos cotidianos.

Traducción: Roberto Chuit e Ignacio Muñiz